

**D**ecía Kaplún<sup>1</sup> que lo relevante en comunicación educativa es poner el énfasis en el proceso y que el sujeto educando piense, lo que le lleva a transformar su realidad desde la autogestión.

La obra de Suárez y Gros trata de reflexionar en el sentido de la responsabilidad que tiene el docente acerca de la competencia digital unida a la de aprender a aprender, es decir, a que el alumno sea sujeto activo de su propio aprendizaje con las Tecnologías de la Información y la Comunicación, en un mundo que interactúa y produce, cada vez más, en red.

Además, esta obra, de formato reducido, tiene el mérito de dar luz a asuntos que son fundamentales en el paradigma educativo, entre ellos el uso de las TIC en los entornos colaborativos, el papel activo de alumno y profesor, y el rol de éste como mediador en el proceso. Inmersos en un modelo educativo que aún sigue pautas de los enfoques disciplinares y comunicativo-bancarios y con metodologías tradicionales en muchos casos, sólo docentes comprometidos llevan los nuevos modelos de aprendizaje, basados en enfoques críticos y de formación ciudadana por el camino de la interacción y, sobre todo, de la colaboración en red.

En la obra de Suárez y Gros se abordan los enfoques críticos de los modelos educativos actuales en los que “enseñar y aprender” se ven las caras en un contexto democrático. Y es en ese contexto en el que estamos. No hablamos, como dicen los autores, sólo de una educación real, sino virtual, en la que hay un mundo social que funciona en red.

Aprender en colaboración aparece hoy ante nosotros como algo asumido, ya que vemos a nuestros alumnos usar las redes sociales, pero, en realidad, el docente no tiene habilidades con las TIC en un mundo en el que ellos son nativos digitales.

La obra, que consta de una introducción y dos capítulos, el primero escrito por Cristóbal Suárez, profesor de la Universidad de Valencia y el segundo por Begoña Gros, profesora de la Universidad de Barcelona, nos conduce al mundo de la comunicación en el *e-learning* (aprendizaje electrónico) y a cómo aprender y enseñar en colaboración.

Revista de Libros  
de la Torre del Virrey  
Número 3  
2014/1  
ISSN 2255-2022

CRISTÓBAL SUÁREZ y BEGOÑA GROS, *Aprender en red. De la interacción a la colaboración*, UOC, Barcelona, 2013, 78 pp. ISBN 978-84-9029-961-6



**Palabras clave:**

Educación  
TIC  
nuevas tecnologías  
aprendizaje colaborativo  
pedagogía



Cristóbal Suárez reflexiona acerca de la interacción de la transformación de los espacios-lugar a los nodos de aprendizaje. Plantea que las personas pueden aprender con tecnología porque ya lo hacían con modelos bancario-conductistas y que el constructivismo no ha hecho sino afianzar un “aprendizaje flexible” a través de la participación colectiva en entornos como la Web 2.0., que deben ser reconocidos en su “función mediadora” (p. 18).

Para el autor, hay que reconfigurar el entorno (lugar-nodo) porque la web crea un “nuevo entorno educativo”. Éste, para el *e-learning*, se convierte en su entorno “natural”, aquel que Echeverría ya abordó como “tercer entorno”. Ahora se trata de crear un entorno “social”.

La virtualidad no se opone a la realidad, sino que se complementa. Suárez habla de los entornos híbridos, propios del aprendizaje ubicuo, refiriéndose al *u-learning* (aprendizaje ubicuo) y al *m-learning* (aprendizaje móvil), que deben aportar más posibilidades al aprendizaje basado en el *e-learning*. Por ello, según el autor, es conveniente dejar de hablar de espacio-lugar y hacerlo de espacio-nodo, donde la trama sea reticular en base a dicho nodo, pero no como lugar para el saber y el conocimiento. Pasar de la centralización de la escuela como lugar neurálgico de emisión de valores a la descentralización, a la transmisión del saber en retícula, en el que las interacciones y las propuestas fluyen desde diversos lugares dentro de esa red nodal, es concebir ese espacio como entorno de interacción social donde se van a dar muchas oportunidades de aprendizaje.

Suárez, citando a Gros, trata de la unidad y de la condición social del aprendizaje en red, afirmando que el entorno real es un entorno comunicacional en el que los alumnos “no solo son actores, sino que co-construyen el espacio virtual”. Si analizamos esta idea y la relacionamos con la propuesta de educomunicación de Mario Kaplún y de otros autores como Roberto Aparici (UNED), observamos que la conexión entre modelos comunicativos y educacionales, en los que se integran las TIC, son convergentes. Aparici habla de una escuela que camina al margen de la sociedad en su dinámica con las TIC, en su aplicación pedagógica, y propone precisamente que el alumno sea actor de su propio aprendizaje dentro del espacio virtual, al igual que Begoña Gros en esta obra.

1. M. KAPLÚN, *Una pedagogía de la comunicación*, De la Torre, Madrid, 1998, pp. 49-53.

Internet, para el autor, es un “tejido en el que se integran las diferentes formas de comunicación” (p. 28), lo importante es saber si participamos como docentes y como educandos en la Web 2.0. Para participar en esta nueva realidad social de las redes, es preciso una alfabetización multimediática, conocer los nuevos “modos de narrativa digital” en el entorno hipertextual, y la “nueva gramática” surgida en la web. En este nuevo mundo de la narrativa digital, los blog suponen una plataforma de interacción a través de los post, que va a ir produciendo una actividad que, en el caso de la educación, va a permitir crear contenidos de forma colaborativa y crítica. Este modelo de web (Web 2.0.) va a introducir nuevos actores y dinámicas sociales y a redefinir los nuevos agentes educativos del *e-learning* para promover la colaboración entre estudiantes y entre éstos y los profesores, lo que conduce a lo que Vygotsky llama “zonas de desarrollo próximo”.

Suárez insiste en la mediación y en lo que yo llamaría triple vía comunicacional, recurso (ordenador, tableta...)-profesor-alumno, dentro de un entorno virtual, teniendo en cuenta que la mediación sigue siendo tecnológica. Lo importante es crear una dualidad de mediación tecnológico-pedagógica, ya que los entornos virtuales son de mediación y es necesario crear proyectos comunicativos dentro de la virtualidad porque existe una “representación de la comunicación entre personas mediadas por un sistema tecnológico particular” (p. 36).

El autor hace hincapié también en los matices culturales, que pueden variar en el *e-learning* aportando la necesidad de una alfabetización digital completa porque nuestros alumnos no sólo deben entender la información, sino usarla en el camino tecnológico de las redes sociales, sería lo que llamamos “alfabetización múltiple”, que pone el énfasis en la necesidad de aprender y enseñar lo digital.

Podemos preguntarnos si los centros educativos proponen esta cultura digital o entienden el papel activo de la escuela actual en el mundo social de la redes. Seguimos usando las TIC y las redes como meros transmisores de contenidos y las instituciones educativas no han llegado a entender que las plataformas virtuales que ponen en marcha no responden a los modelos colaborativos.

*«En la obra de Suárez y Gros se abordan los enfoques críticos de los modelos educativos actuales en los que “enseñar y aprender” se ven las caras en un contexto democrático»*

Hay que “repensar los modelos pedagógicos”, apunta el autor. Es cierto, aún nos movemos con modelos tradicionales, disciplinares y poco críticos, demasiado anclados en la unidireccionalidad o en una bidireccionalidad confusa que hace que el alumno interactúe poco y colabore menos, reduciendo así lo que él llama *e-pedagogía*, porque el *e-learning* debe estar inmerso en la cultura digital pedagógica.

Begoña Gros, en el segundo capítulo del libro, nos va a acercar al estudiante virtual. Hoy, éste, dedica su tiempo a la realización de actividades en el aula y en casa, al tiempo que debe llevar una vida social de interrelación en la escuela y fuera de ella, es decir, comparte su vida educativa con otros miembros, realiza actividades de grupo con ellos y, a veces, se pregunta, como apunta acertadamente la autora, sobre si le merece la pena su participación en el trabajo grupal.

Sean actividades individuales o grupales, reales o virtuales, Gros dice que éstas “pueden ser las de siempre” (p. 54). Es cierto, en la actualidad educativa se siguen aplicando las TIC siguiendo una línea de ida, pero no de vuelta, ya que los “problemas auténticos”, aquellos que afectan al ciudadano-alumno, no se plantean porque no están diseñados en la secuenciación que presenta la programación didáctica, aunque sí podrían activarse.

Trabajar en colaboración necesita de entornos virtuales con aplicaciones de software social, colaborativo, pero su integración en el sistema educativo sigue siendo escasa, y, sin embargo, se trata de apostar en la línea del aprendizaje colaborativo.

La autora, partiendo de la idea de la limitación e insuficiencia de los modelos bancarios y tradicionales, nos lleva a una pregunta: ¿por qué aprender en colaboración? La respuesta es porque “prepara al estudiante para asumir y cumplir compromisos grupales” (p. 56), con lo que esto conlleva: ser ciudadanos críticos en una democracia, precisamente una propuesta llevada a la didáctica de las ciencias sociales por las profesoras de la Universidad de Murcia, Albacete, Cárdenas y Delgado<sup>2</sup>.

Para Gros, la formación en línea exige comprensión y compromiso compartido para dar solución a los conflictos planteados en la red social construida. Pero, para que

*«Pasar de la centralización de la escuela como lugar neurálgico de emisión de valores a la descentralización, es concebir ese espacio como entorno de interacción social donde se van a dar muchas oportunidades de aprendizaje»*

haya un proceso colaborativo, las tareas deben estar bien diseñadas, por ello es imprescindible una práctica pedagógica que la organice adecuadamente, máxime cuando las herramientas informáticas virtuales no suelen estar pensadas para estos fines.

En este capítulo se abordan también las diferencias entre cooperación y colaboración. Para Gros, la cooperación se centra más en tareas independientes y la colaboración en aquellas diseñadas sincrónicamente, a la vez que afirma que los problemas no se solucionan sin la aportación conjunta del grupo. Partiendo de la idea de la necesidad de un conocimiento básico, de base epistemológica, tanto en las tareas individuales como en las grupales, el aprendizaje colaborativo empezará cuando acabe el cooperativo. Estas diferencias quedan reflejadas en una tabla, apuntándose la necesidad de un entrenamiento previo al diseño de las actividades.

“No cualquier tarea se presta a un diseño colaborativo” (p. 62). ¿Cómo aprender en colaboración? La autora responde diciendo que las más adecuadas son las que priman la dimensión competencial e interpersonal. ¿Quién las determina?, ¿quién dirige el proceso? Tradicionalmente, la institución educativa, luego el profesor, pero de lo que se trata en un trabajo colaborativo como el que se propone en esta obra, es la producción del estudiante dentro del grupo, su responsabilidad como propietario de la tarea. Y la propiedad de la tarea tiene que ver con la intencionalidad del aprendizaje, con su gestión, también con la responsabilidad individual y la motivación. Ni profesor ni alumno deben tener el monopolio en el proceso de aprendizaje colaborativo, por ello, uno de los elementos considerados clave por Gros en estos contextos de aprendizaje, es la interdependencia positiva, es decir, el éxito de cada alumno está ligado al grupo y a la inversa.

Hablando de la tarea, Gros plantea cómo debe ser su carácter y su control. El carácter tiene que ver con la relevancia de la misma para los alumnos, pero, ¿quién la determina? El asunto es difícil de abordar, quizás la mejor opción sea la del trabajo mediante la realización de proyectos. Por otra parte, el control, ¿debe estar en manos del



*«Podemos preguntarnos si los centros educativos proponen esta cultura digital o entienden el papel activo de la escuela actual en el mundo social de la redes»*

profesor o del alumno? Dentro de los flujos del desarrollo de la tarea parece lógico que el papel del estudiante sea relevante, que disponga de un cierto grado de autonomía.

Otro aspecto a destacar es la formación de los grupos, cuestión esta siempre delicada cuando se conforman. Hacerlos homogéneos o heterogéneos es una decisión compleja y no hay una fórmula concreta, pero sí se contempla como necesaria la existencia de mecanismos de control que regulen el funcionamiento del grupo, quizás incluyendo alumnos mediadores.

En cuanto a la tecnología, elemento clave en el *e-learning*, debe facilitar la colaboración y no todo el software sirve, no obstante se está avanzando mucho a través de plataformas como Edu 2.0.

Por último, Gros muestra una tipología de actividades y un diseño de las mismas y afirma que antes es preciso “pensarlas”. Termina mostrando un ejemplo de trabajo colaborativo.

Los epílogos de cada capítulo muestran una conclusión de las aportaciones básicas realizadas durante su desarrollo, centrándose en la evolución de la temática y en los retos futuros.

Esta obra no cierra el debate actual acerca del uso de las TIC y de las redes sociales en la metodología didáctica docente, todo lo contrario, se convierte en una herramienta indispensable para entender cómo desarrollar propuestas didácticas colaborativas con *e-learning*.

*Javier Valera Bernal*